

el mar, y sus ondas de llamas, parecidas á las olas, manifiestan como ellas la sucesion rápida y continua de movimiento incansable : parece que la naturaleza, cuando se trasforma en elementos diversos, conserva siempre algunas señales de un pensamiento único y primero. Este fenómeno del Vesuvio hace en verdad palpar el corazon; estamos tan acostumbrados á ver los objetos exteriores, que apenas advertimos su existencia, ni se reciben casi conmociones nuevas de esta especie en las prosaicas regiones del norte; mas la admiracion que debe causar el universo, se renueva de improviso al aspecto de un portento desconocido de la creacion; todo nuestro ser se siente agitado por aquel poder de la naturaleza, de cuya consideracion nos distrajeron largo tiempo las combinaciones sociales; conocemos que los misterios de este mundo no se encierran todos en el hombre, y que le amenaza ó le protege una fuerza independiente de él, segun ciertas leyes que no le es dado penetrar. Osvaldo y Corina se propusieron subir al Vesuvio, y el mismo riesgo que podian correr en aquella empresa daba mayor atractivo al proyecto que debian ejecutar juntos.

---

## CAPITULO III

Habia entónces en el [puerto de Nápoles un navío de guerra inglés, donde todos los domingos se celebraban los officios religiosos; y su capitán y las gentes de la tertulia inglesa que habia en Nápoles, convidaron á lord Nelvil á ir al dia siguiente á su bordo. Aceptó la oferta, sin pensar al pronto si llevaria á Corina, ni cómo la presentaria á sus paisanos. Atormentóle este cuidado toda la noche; y paseándose la mañana inmediata cerca del puerto con Corina, al tiempo que iba á aconsejarle que no fuese al navío, vieron llegar un bote inglés con diez marineros vestidos de blanco, que llevaban en la cabeza un gorro de terciopelo negro, y encima el leopardo bordado de plata; saltó de él un oficial jóven, y saludando á Corina con el nombre de lady Nelvil, le pidió que entrase en el bote para ir al navío. Al oirse llamar lady Nelvil se sonrojó Corina, y bajó los ojos con turbacion: Osvaldo estuvo un momento como dudoso; y luego cogiéndola de la mano, le dijo en inglés: — Venid, querida mia. — Y ella le siguió.

El estruendo de las olas y el silencio de los marineros que con admirable disciplina hacian solo un movimiento, sin decir una palabra ociosa, y lleva-

ban rápidamente el bote por aquel mar que tantas veces habian cruzado, inclinaban á meditar. Por otra parte Corina no se determinaba á hacer ninguna pregunta á lord Nelvil sobre lo que acababa de suceder; procuraba adivinar su intencion, no creyendo (como, no obstante, casi siempre es lo mas verosímil) que dejase de tener alguna, ni que se entregase á cada nueva circunstancia sin mas consejo. Pensó un momento que la llevaba al oficio divino para tomarla por esposa; y esta idea le causó en aquel instante mas susto que placer: parecia se ausentaba de Italia, y volvía á Inglaterra, donde tanto habia padecido: acordábase de la rigidez de las costumbres y de los usos de aquel país, y su mismo amor no bastaba á triunfar enteramente de la inquietud que le causaban sus memorias. ¡Ay! ¡cuánto se admirará en otras circunstancias de aquellos pensamientos aunque tan fugaces! ¡cuánto se arrepentirá de ellos!

Subió Corina al navío, cuyo interior estaba sumamente limpio, y dispuesto con el mayor esmero. No se oía mas voz que la del capitán, dilatándose y repitiéndose de un bordo á otro en el mando y en la obediencia: la subordinacion, la seriedad, la exactitud y el silencio que reinaban en el navío eran la imágen de un orden social libre y severo, opuesto á aquella ciudad de Nápoles tan viva, tan llena de pasiones, tan tumultuosa. Osvaldo pensaba en Corina, y en la impresion que recibía; pero alguna

vez se apartaba su atencion de ella con el placer de verse en su patria. ¿Y no son en efecto para un Inglés una segunda patria los navíos y el mar? Paseábase Osvaldo con los Ingleses que habia á bordo preguntando nuevas de Inglaterra, y hablando de política y de su país: entre tanto Corina estaba con las señoras que habian venido de Nápoles para asistir al culto divino: rodeábanlas sus hijos, hermosos como el sol, pero tímidos como sus madres, y no se hablaba ni una palabra delante de una persona recién conocida. Aquella sujecion, aquel silencio ponian á Corina bastante triste; alzaba los ojos hácia la hermosa Nápoles, hácia sus floridas riberas, hácia su vida animada, y lanzaba un suspiro. Por fortuna no lo advirtió Osvaldo; ántes bien, mirándola sentada entre las Inglesas, caídas sus negras pestañas, como ellas bajaban sus pestañas rubias, y conformándose en todo con sus modales, sintió un gran impulso de alegría. En vano se complace un Inglés algun momento en las costumbres extranjeras; su corazón siempre vuelve á las primeras impresiones de su vida. Si se pregunta á los Ingleses cuando están bogando en un navío al fin del mundo, ¿dónde van? responden: — A nuestra casa (*home*), — si vuelven á Inglaterra: y sus afanes y sus sentimientos á cualquiera distancia siempre tienen por objeto su patria.

Bajaron entre los dos primeros puentes para oír el divino oficio, y Corina advirtió al momento lo

infundado de su idea, y que lord Nelvil no tenia la solemne intencion que habia presumido. Entónces se arrepintió de haberla tenido, y sintió renacer el embarazo de su situacion, porque nadie habia allí que dudase de que era esposa de lord Nelvil, y ella no habia tenido valor para decir una palabra que pudiese destruir ó confirmar esta idea. Osvaldo tambien padecia cruelmente, pero tenia, entre otras mil prendas singulares, mucha debilidad é irresolucion de carácter. Estos defectos son imperceptibles para quien los tiene, y toman á sus ojos una forma nueva en cada circunstancia, ora es prudencia, ora sensibilidad ó delicadeza que dilatan el momento de tomar una determinacion, y prolongan una situacion indecisa; casi nunca se conoce que es el mismo carácter quien da á todas las circunstancias la misma especie de inconveniente.

A pesar de los pensamientos poco agradables que la ocupaban, sintió Corina una impresion profunda á vista del espectáculo que presenciaba: en efecto no hay cosa mas propia para hablar al alma que los oficios divinos en un navío. Un jóven hacia de capellan; predicaba con voz firme y suave, y su semblante manifestaba la severidad de un alma pura en la juventud; aquella severidad que lleva consigo una idea de fuerza, cual conviene á la religion predicada en medio de los riesgos de la guerra. En ciertos instantes señalados pronunciaba el ministro anglicano algunas oraciones, cuyas últimas pala-

bras repetian todos los concurrentes: aquellas voces confusas, y sin embargo bastante dulces, venian de tiempo en tiempo á reanimar la conmocion y el interés: los marineros, los oficiales, el capitan, se ponian de rodillas muchas veces, y en especial á las palabras: — Señor, tened misericordia de nosotros — (*Lord, have mercy upon us.*) El sable del capitan que arrastraba á su lado miéntras estaba arrodillado, recordaba la noble reunion de la humildad delante de Dios, y de la intrepidez contra los hombres, que hace tan tierna la devocion de los guerreros; y en tanto que todos aquellos valientes rogaban al Dios de los ejércitos, se descubria el mar por las troneras, y tal vez el rumor manso de sus olas, serenas entónces, como que solo decia: vuestros ruegos han sido oidos. — El capellan acabó el oficio con la oracion que es particular de los marineros ingleses. *¡Dios, dicen, nos dispense la gracia de defender fuera nuestro feliz gobierno, y hallar en nuestros hogares, cuando volvamos, la felicidad doméstica!* ¡Cuántos sentimientos hermosos se reunen en estas palabras! Los estudios preparatorios y continuos que la marina requiere, la vida austera de un navío, le hacen como una especie de claustro en medio de las olas, y la regularidad de las operaciones mas graves, solo se interrumpe con los peligros y la muerte. Los marineros, no obstante sus hábitos belicosos, suelen explicarse con mucha dulzura, y manifiestan particular compasion á las mu-

jeros y á las criaturas que tienen á bordo : estos sentimientos causan mayor ternura por cuanto se sabe con qué serenidad se exponen á los horribos riesgos de la guerra y del mar, en cuyo centro tiene la presencia del hombre algo sobrenatural.

Volvieron Corina y lord Nelvil al bote que debia llevarlos á tierra; tornaron á ver aquella ciudad de Nápoles construida en anfiteatro, como para asistir con mas comodidad á la fiesta de la naturaleza; y Corina, al poner el pié en la orilla, no pudo resistir á un impulso de alegría. Si lord Nelvil hubiera sospechado aquel sentimiento se habria ofendido mucho y quizá con razon; sin embargo hubiese sido injusto con Corina, porque le amaba en extremo, á pesar de la sensacion desagradable que le causaban los recuerdos de un país donde por circunstancias crueles habia sido desgraciada. Su imaginacion era voluble; tenia su corazon gran poder de amar; pero el talento, y particularmente el talento en una mujer, causa una disposicion al tedio, una necesidad de distraccion que no basta á desvanecer del todo la pasion mas profunda. La imágen de una vida uniforme, aun en el seno de la dicha, espanta á un ánimo que necesita variedad: porque cuando las velas cogen poco viento, puede costearse siempre la orilla; pero la imaginacion vaga, por mas que la sensibilidad sea fiel, á lo ménos hasta el instante en que la desgracia desvanece todas estas inconsecuen-

cias, y deja un pensamiento solo, y no permite sentir mas que un dolor.

Osvaldo atribuyó la suspension de Corina únicamente á la turbacion que todavía le causaba el trastorno en que debió hallarse oyéndose llamar lady Nelvil, y arrepintiéndose de no haberla disipado, temió sospechase en él alguna falta de reflexion. Empezó, pues, para venir á parar á la explicacion tan deseada, ofreciendo confiarle su propia historia — Yo hablaré primero, le dijo, y vuestra confianza seguirá á la mia. — Sí, es preciso, respondió Corina temblando. ¿Lo quereis? ¿qué dia? ¿á qué hora? luego que acabeis... os lo diré todo. — ¡Qué dolorosa agitacion teneis! repuso Osvaldo. ¡Siempre habeis de temer á vuestro amigo, siempre desconfiareis de su corazon. — No, es preciso, prosiguió Corina, lo he escrito todo; si quereis, mañana... — Mañana, dijo lord Nelvil, hemos de ir juntos al Vesuvio; quiero contemplar en vuestra companía ese pasmoso portento, aprender de vos á admirarle; y en el camino, si tengo ánimo bastante, haceros saber todo lo concerniente á mi suerte. Es menester que mi confianza se anticipe á la vuestra, y está ya resuelto mi corazon. — Bien, replicó Corina, me concedeis aun el dia de mañana, y os doy gracias por él. ¡Ah! ¿quién sabe si sereis siempre para mí el mismo, despues de abriros mi pecho? ¿quién lo sabe? ¿y cómo esta duda no me ha de hacer temblar?

## CAPITULO IV

Las ruinas de Pompeya están al mismo lado del mar que el Vesuvio, y por ellas empezaron su viaje Corina y lord Nelvil; iban ambos callados, porque se acercaba el momento de la decision de su suerte, y aquella esperanza vaga que habian disfrutado tanto tiempo, y que tanto concuerda con el clima de Italia, debia al fin reemplazarse con un destino positivo. Vieron juntos á Pompeya, ruina la mas curiosa de la antigüedad. En Roma apénas se encuentran mas que reliquias de los monumentos públicos, y estos monumentos solo acuerdan la historia política de los siglos pasados; pero en Pompeya se ofrece á nosotros, cual era la vida privada de los antiguos. El volcan que cubrió esta ciudad de cenizas la ha preservado de las injurias del tiempo: jamas se habrian mantenido del mismo modo los edificios expuestos al aire, y aquella memoria enterrada se ha vuelto á encontrar toda entera. Las pinturas y los broncees conservaban todavía su primera belleza, y cuanto puede servir para usos domésticos se halla intacto de un modo que asombra. Aun están preparadas las ánforas para el festin del siguiente dia; la harina que iban á amasar está allí como entónces; las reliquias de una mujer están adornadas de la propia manera, con las galas,

que llevaba el dia de fiesta que turbó el volcan, y sus brazos de pedrerías que los rodean. Es imposible ver en ninguna parte una imágen tan notable de la interrupcion súbita de la vida. El surco de las ruedas está señalado visiblemente en el empedrado de las calles, y las piedras que cercan los pozos tienen la señal de las cuerdas que poco á poco han ido gastándolas: se ven todavía en las paredes de un cuerpo de guardia las letras mal formadas, las figuras toscamente dibujadas que hacian los soldados para entretener el tiempo, miéntras aquel tiempo caminaba para tragarlos.

Cuando uno se pone en medio de las encrucijadas, desde donde se ve por todas partes la ciudad, que aun subsiste casi entera, parece que aguarda alguna persona, que va á llegar el dueño, y la misma apariencia de vida que presenta aquella mansion hace sentir mas tristemente su eterno silencio: las casas enterradas en lava están las mas construidas con lava petrificada, así, ruinas sobre ruinas, y sepulcros sobre sepulcros. Esta historia del mundo, en que las épocas se cuentan de escombros en escombros, esta vida humana, cuya huella se sigue al resplandor de los volcanes que la consumieron, llena el corazon de honda melancolía. ¡Cuánto tiempo há que existe el hombre!; cuánto tiempo há que vive, padece y muere!; ¿Dónde se hallarán sus sentimientos y sus ideas?; Está aun impregnado de ellas el aire que se respira entre sus ruinas, ó se

han depositado para siempre en el cielo donde reina la inmortalidad? Algunas hojas quemadas de los manuscritos que se han encontrado en Herculano y en Pompeya, y que se procuran desarrollar en Pórtici, esto es cuanto nos queda para interpretar á las víctimas desventuradas que devoraron las llamas del volcan, el rayo de la tierra. Pero al pasar por cerca de aquellas cenizas que el arte logra encender de nuevo, tiembla uno de respirar, no sea que el soplo se lleve aquel polvo donde acaso están aun grabadas tantas ideas sublimes.

Los edificios públicos en esta misma ciudad de Pompeya, que era una de las menores de Italia, son bastante bellos: el lujo de los antiguos tenia casi siempre por objeto alguna cosa de público interés: sus casas son muy reducidas, y nada magníficas; pero se nota en ellas una afición extremada á las bellas artes; casi todo lo interior está adornado de pinturas agradables y de pisos de mosaico trabajados con suma habilidad; en muchos de estos pisos se lee: — salud (*salve*). — Esta palabra está colocada en el umbral de la puerta, y ciertamente no fué una mera cortesanía, sino una invocación á la hospitalidad. Los aposentos son singularmente estrechos, poco claros, sin ninguna ventana á la calle, y dan casi todos á un pórtico interior de casa, ó al patio de mármol que la rodea. En el centro de este patio hay una cisterna adornada con sencillez. Es evidente por esta especie de habitación

que los antiguos vivian casi siempre al aire libre, y así recibian á sus visitas: ninguna cosa da una idea mas agradable y mas voluptuosa de la existencia, que este clima que une íntimamente al hombre con la naturaleza: parece que el carácter de las conversaciones y de la sociedad debe ser diverso con semejantes costumbres, que en los países donde el rigor del frio obliga á encerrarse en las casas. Se entienden mejor los diálogos de Platon viendo aquellos pórticos, bajo los cuales se paseaban los antiguos la mitad del dia: animábalos sin cesar el espectáculo de un hermoso cielo; el orden social, cual le concebían, no era combinación árida del cálculo y de la fuerza, sino un feliz conjunto de instituciones que excitaban las facultades, desenvolvían el alma, y daban al hombre por objeto su perfección propia y la de sus semejantes.

La antigüedad inspira una curiosidad insaciable, y los eruditos que solamente se ocupan en recoger una colección de nombres á que llaman historia, carecen ciertamente de toda imaginación. Pero penetrar lo pasado, hablar con el corazón humano, atravesando los siglos, adivinar un hecho por una palabra, y el carácter y las costumbres de una nación por un hecho; en fin, subir hasta los tiempos mas remotos para procurar figurarnos cómo aparecía á la vista de los hombres la tierra en su primera juventud, y de qué suerte llevaban este don de la vida, tan complicado por la civilización ahora; es

un esfuerzo perenne de la imaginacion, que acierta y descubre los secretos mas agradables que pueden manifestarnos la reflexion y el estudio. Esta especie de interés y de ocupacion atraia singularmente á Osvaldo, y muchas veces repetia á Corina, que si no tuviese en su país nobles intereses, no habria podido soportar la vida sino donde los monumentos de la historia ocupan el lugar de la existencia presente : es preciso, cuando ya no es posible obtenerla, echar de ménos la gloria; solo el olvido degrada el alma, pero puede hallar un asilo en lo pasado, cuando la esterilidad de las circunstancias priva de su objeto á las acciones.

Saliendo de Pompeya, y volviendo á Pórtici, se vieron muy presto Corina y Osvaldo rodeados de los habitantes, que les persuadian á voces viniesen á ver la *montaña*; así llaman al Vesuvio. ¿ Necesita acaso nombre? Para los Napolitanos es la gloria y la patria; su país está señalado con este prodigio. Osvaldo quiso que Corina fuese en una especie de silla de manos hasta la ermita de San Salvador, situada á la mitad del camino, y donde los viajantes descansan ántes de emprender la subida á la cumbre : él iba á caballo á su lado para cuidarla, y cuanto mas llenaban su corazon los generosos pensamientos que inspiran la naturaleza y la historia, mas adoraba á Corina.

A la falda del Vesuvio es el campo mas fértil, y está mejor cultivado que ninguna otra parte del

remo de Nápoles, esto es, de la region mas favorecida del cielo que tiene la Europa. La famosa viña cuyo vino llaman *Lacryma Christi*, se encuentra en aquel paraje, al lado de las tierras asoladas por la lava : parece que la naturaleza ha hecho el último esfuerzo en aquel sitio próximo al volcan, y se ha adornado con sus ricos presentes ántes de perecer. A medida que se sube, se descubre, dando una vuelta, Nápoles y la hermosa campiña que la rodea : los rayos del sol hacen centellear el mar como piedras preciosas; pero todo el esplendor de la creacion se extingue por grados hasta la tierra de humo y ceniza, que anuncia anticipadamente la inmedicacion del volcan. Las lavas ferruginosas de los años anteriores señalan en el suelo su ancho y negro surco, y todo al rededor de ellas es árido : á cierta altura ya no vuelan los pájaros, á otra van haciéndose raras las plantas; y luego ni aun los insectos encuentran ya con qué subsistir en aquella naturaleza consumida : en fin, cuanto tiene vida desaparece, éntrase en el imperio de la muerte, y debajo de la planta mal se gura rueda la ceniza de aquella tierra hecha polvo.

. . . . . *Nò greggi nè armenti*  
*Guida bifolco mai, guida pastore (1).*

Allí, entre los confines de la vida y la muerte, mora un ermitaño. Delante de su puerta hay un

- (1) Oveja ó toro  
Jamás guía boyero ú pastor guía.

árbol, adios postrero de la vegetacion, y á la sombra de sus hojas blanquecinas acostumbran los viajeros esperar la noche para seguir su camino, porque por el dia las llamas del Vesuvio no se ven sino como una nube de humo, y la lava, tan encendida de noche, parece opaca á la claridad del sol. Esta misma metamorfosis es un hermoso espectáculo, y renueva todas las tardes la admiracion que podría debilitar la continuacion de la misma vista. La impresion de aquel sitio, y su profunda soledad, dieron mas aliento á lord Nelvil para revelar sus secretos sentimientos; y deseando fomentar la confianza de Corina, consintió en hablarle; y le dijo conmovido: — ¿Quereis leer hasta lo mas íntimo del alma de vuestro desventurado amigo? pues bien, os lo confesaré todo; tornarán á abrirse mis heridas, lo conozco; pero delante de esta naturaleza inmutable, ¿por qué se han de temer tanto las penas que el tiempo arrastra consigo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## INDICE DEL TOMO I.

---

De Corina, por madama Necker de Saussure. . . . .	1
LIBRO I. Osvaldo. . . . .	30
— II. Corina en el Capitolio. . . . .	58
— III. Corina. . . . .	82
— IV. Roma. . . . .	134
— V. Los Sepulcros, las Iglesias y los Palacios. . . . .	157
— VI. Las Costumbres y Carácter de los Italianos. . . . .	196
— VII. La Literatura italiana. . . . .	233
— VIII. Las Estatuas y las Pinturas. . . . .	284
— IX. La Fiesta popular y la Música. . . . .	304
— X. La Semana santa. . . . .	339
— XI. Nápoles y la Ermita de San Salvador. . . . .	